



# OBRAS DE RECONOCIMIENTO A JACQUES MARITAIN



## EL PERSONALISMO CRISTIANO DE JACQUES MARITAIN \*

**Donald DeMarco**

(Profesor Asociado de Filosofía en St. Jerome's College en Ontario, Canadá. Recibió sus grados M.A. y Ph.D. de St. John University y completó sus estudios en la Universidad Gregoriana de Roma.)

Jacques Maritain nació en París el 18 de Noviembre de 1882. Creció en esa ciudad apenas guiado espiritualmente en el protestantismo de su madre. Cuando ingresó al Liceo Henri IV, no poseía ninguna convicción religiosa en particular. Se inscribió en la Sorbona en 1900 durante la rica y corrupta Tercera República de Francia, en una época en que el rabioso anticlericalismo francés había convertido a la Iglesia en un gueto intelectual. Un rígido empirismo había efectivamente excluido toda discusión respetuosa en materias espirituales.

Un día, en que Jacques caminaba de la mano con su novia judía, Raïssa, por un parque parisiense, hicieron un pacto según el cual, si dentro de un año no encontraban ningún sentido a la vida más allá de su significación material, ambos se suicidarían.

\* Traducción libre del inglés del artículo publicado en 1991 en Faith & Reason, desaparecida revista de Christendom Press.

Tal desesperación desapareció cuando, en el Colegio de Francia, escucharon las clases de Henri Bergson, cuyas teorías de la creación evolutiva exaltaban el espíritu del hombre y su habilidad para descubrir las cosas inteligibles a través de la intuición. En 1905, los recién casados Jacques y Raïssa conocieron al apasionado católico León Bloy (“Un cristiano del siglo segundo extraviado en la Tercera República”) que los guió a la fe católica.

Pronto Maritain comenzó a estudiar el masivo trabajo de Santo Tomás de Aquino. Como Santo Tomás había fundado en Aristóteles una base filosófica para armonizar la razón humana con la fe cristiana, Maritain descubrió en él las posibilidades de traer a la edad moderna, dominada por el escepticismo y la ciencia, un Tomismo rejuvenecido.

“El mal que sufren los tiempos modernos – escribió – es, ante todo, un mal de la inteligencia”. En uno de sus primeros trabajos, ‘Los Grados del Saber’, Maritain buscó unificar todas las ciencias y subdivisiones de la filosofía en búsqueda de la realidad.

En lo más alto de su fama en los años 20s y 30s, Maritain disertó en Oxford, Yale, Notre Dame y Chicago. También enseñó en París, Princeton y Toronto. Después de la Segunda Guerra Mundial, sirvió por tres años como embajador de Francia ante el Vaticano. En 1963 fue honrado con el Gran Premio Nacional de las Letras.

Los cincuenta y tantos libros que Maritain escribió, a lo largo de un período de más de medio siglo y traducidos a todas las lenguas mayores, le ganaron la distinción de ser “el más grande filósofo católico viviente”.

En sus libros, artículos y conferencias, Maritain llamó repetida y apasionadamente a la Iglesia a fin de que pusiese su teología y su filosofía en contacto con los problemas del presente. Su visión, calificada de liberal, en materias de política y justicia social le ganó acérrimos enemigos entre los pensadores ultraconservadores de la Iglesia. Incluso hubo intentos fallidos de que algunos de sus libros fuesen condenados por el Vaticano.

El Papa Pablo VI honró a Maritain durante el Concilio Vaticano II y, en 1967, en un gesto sin precedentes en un Pontífice, lo reconoció como fuente de inspiración de su gran encíclica sobre justicia social y económica, ‘Populorum

Progressio'. Es más, Pablo VI incluso consideró hacerlo Cardenal, pero el filósofo rechazó tal proposición.

Cuando en 1960 murió su amada esposa y colaboradora Raïssa, Maritain se retiró al silencio y a la oración en una cabaña con los Hermanitos de Jesús en Tolosa, Francia. Allí falleció en 1973, ocasión en que Pablo VI lo describió en público como “un maestro en el arte de pensar, de vivir y de orar”.

Maritain se refirió una vez a sí mismo como “un hombre al que Dios ha vuelto de adentro hacia afuera como un guante”. En carta dirigida al poeta Jean Cocteau, le dijo: “He dado mi vida a Santo Tomás y a la tarea de expandir su doctrina. Pero también quiero que la inteligencia sea recobrada de manos del demonio para retornarla a Dios”. En realidad, ningún pensador católico moderno ha hecho más en la tarea de alcanzar esa finalidad que Jacques Maritain.

### **La Persona y el Individuo**

En el libro ‘La Persona y el Bien Común’, que es su más claro y profundo tratamiento de la persona, Maritain pregunta si la persona es simplemente nada más que el yo. Ésta es un pregunta muy apropiada para destacar, a la luz de la cultura moderna, el lugar común de la identificación de ambas. Encontramos esta identificación en las más variadas expresiones del individualismo, que afirma que un individuo tiene el derecho a perseguir los objetivos de su deseo sin consideración alguna de los efectos que esta acción pudiera tener en otros. La famosa frase de Jean Paul Sartre, en su obra de teatro No Existe – “el Infierno es la demás gente” – refleja esta extendida falta de preocupación que la gente centrada en sí misma tiene por otros. Un breve vistazo a la lista de libros de mayor venta en temas de auto ayuda corrobora este punto: ‘Ganar por medio de la Intimidación’, ‘Cómo ser su propio mejor amigo’, ‘Tenerlo Todo’, ‘Sea dueño de su propia vida’, ‘Divorcio Creativo’, ‘Cómo divorciarse de la Madre y del Padre’.

La pregunta de Maritain pudiera tener hoy mayor validez que nunca antes, considerando la desmesurada preocupación por el egoísmo de la sociedad presente. Numerosos críticos de la cultura contemporánea han estudiado en gran detalle este fenómeno. He aquí algunos trabajos notables que vienen a la

mente: ‘La Cultura del Narcisismo’ de Christopher Lasch; ‘La Psicología como Religión’ y ‘El Culto a la Autoadoración’ de Paul Vitz; ‘La Herejía del Amor al Yo’ de Paul Zweig; ‘La Inflación del Yo’ de David Myers; ‘La Era de la Sensación’ de Herbert Hendin.

Las revistas populares y virtualmente toda la propaganda comercial están basadas en la noción de que la persona humana no es más que el mero individuo, un centro para la experimentación de los placeres y la adquisición de bienes materiales. El novelista Thomas Pynchon captura la esencia de este ser consumidor al describir a uno de sus personajes “caminando por los pasillos de un luminoso y gigantesco supermercado, con su única función, desear”.

Aquí Maritain se abstiene de ser moralista. No se dirige contra el mal o la estrechez del yo. Por el contrario, nos aconseja no apresurarnos en desecharlo, señalando que nadie puede llegar a ser santo sin un fuerte sentido de sí mismo.

Maritain quiere llevarnos a una mayor profundidad en este asunto. En efecto, visto superficialmente, pareciera que aquí existiese una contradicción. Por una parte, se refiere a la afirmación de Pascal “el yo es detestable”, mientras que, por otra, recuerda que Santo Tomás afirma que “la persona es lo más noble y lo más perfecto en toda la naturaleza”. Resulta extremadamente claro que el yo no puede ser igualado con la persona, puesto que aquello que es “detestable” no puede ser lo mismo que aquello que es “lo más perfecto en toda la naturaleza”. ¿Cómo resolver esta aparente contradicción?

Maritain elude esta contradicción estableciendo una distinción crucial entre individualidad y personalidad. Notemos aquí que aquello que es distinguible en la mente no lo es necesariamente en la naturaleza. Así por ejemplo, podemos mentalmente distinguir los lados derecho e izquierdo de una hoja de papel, pero, si cortamos el lado derecho, no logramos removerlo para dejar un pedazo de papel que sólo tiene el lado izquierdo. Cortando el lado derecho solamente conseguimos un papel más pequeño que todavía tiene un lado derecho de igual proporción a su contraparte izquierda. No podemos separar la derecha y la izquierda en la realidad no obstante ser posible lograr una distinción muy útil y práctica de ambas en la mente.

Del mismo modo, aunque es posible distinguir entre individualidad y personalidad, no es posible separar una de otra en el ser humano concreto.

Se ha dicho que el lema de la vida filosófica de Maritain fue “distinguir para unir”. La filosofía consiste en distinguir, pero no con el propósito último de descomponer las cosas en fragmentos, sino de apreciar más profundamente la diversidad dentro de la unidad, la multifacética constitución del ser, la manera en que el objeto de la preocupación filosófica se integra. Maritain nos propone entender cómo la individualidad y la personalidad (que son principios y no realidades independientes) se combinan, como el cuerpo y el alma, para formar la unidad singular del ser humano.

La afirmación de Pascal de que “el yo es detestable” se encuentra en su obra clásica, ‘Pensamientos’. El gran científico, matemático, filósofo y pensador religioso del siglo XVI, explica que detestamos el yo porque puede imponerse como el centro de todo, una imposición que está en directa oposición a la justicia. En otras palabras, el yo tiene dos cualidades: es injusto porque se auto convierte en el centro de todo; es detestable para otros porque trata de intimidarlos, puesto que cada yo es el enemigo y procura ser el tirano de todos los otros. Puede eliminarse su aspecto desagradable, pero no su injusticia. [1]

Maritain argumenta en forma similar que el “polo material”, que es “la sombra de la personalidad”, tiende a atraerlo todo hacia sí mismo. Por el contrario, el “polo espiritual”, que corresponde a la verdadera personalidad, es lo que Santo Tomás tiene en mente cuando habla de la fuente de la generosidad y la bondad.

La distinción entre individualidad y personalidad tiene sus raíces en el mundo antiguo. Los griegos tenían dos palabras para indicar vida: *bios* y *zoe*. La primera se refiere a la vida individual, la vida contenida en una cosa viviente singular. La segunda, sin embargo, se refiere a una forma de vida trascendente, que puede ser compartida. La doctrina cristiana de la Trinidad sigue un línea similar. Cada persona en la Santísima Trinidad tiene su propia individualidad. Sin embargo, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo poseen una abundancia de vida que comparten uno con otro en forma tan íntima que los tres juntos constituyen un Dios único y singular.

---

1 Blaise Pascal, *Pascal's Pensées*, tr. by Martin Turnell (New York: Harper & Row, 1962), # 141, p. 78.

Más recientemente, el Papa Juan Pablo II ha vuelto a enfatizar cómo el matrimonio entre un hombre y una mujer es una imagen de la Trinidad y “*communio personarum*” (una comunión de personas), una unión dos-en-una-carne de dos individuos que trascienden sus respectivas singularidades para compartir entre sí sus personalidades en una unidad que es sagrada y profunda. [2]

El sicólogo Paul Vitz ha explicado que el concepto de “persona” es el fruto de la teología judía y cristiana. Separada de esta raíz, la “persona” queda truncada como “un individuo auto-actualizado dedicado sólo al crecimiento del yo secular”. [3] Consecuentemente, cuando Carl Rogers titula su obra más conocida, ‘Cómo llegar a ser una Persona’, dedicada al cultivo de la auto-actualización del yo secular, no puede estar más equivocado. Según Vitz, en realidad Roger escribió su libro sobre ‘Cómo llegar a ser un Individuo’. [4]

Maritain hace referencia a la contribución al personalismo del filósofo existencialista cristiano Nicolás Berdiaeff. Este destacado pensador ruso escribió apasionada y extensamente sobre la “persona”. Para él, la noción de persona captura la cualidad doble y polarizada del ser humano. Las siguientes palabras suyas podrían haber sido escritas por el propio Maritain:

“El hombre es una personalidad no por naturaleza sino por espíritu. Por naturaleza es solamente un individuo. Por personalidad es un microcosmos, un universo completo. Como tal, es un contenido universal y, al mismo tiempo, puede ser un universo potencial en la forma de un individuo... En cuanto personalidad es infinitamente abierto, entra en lo infinito, y admite lo infinito en sí mismo; en su auto-revelación se dirige hacia un contenido infinito.” [5]

Resuelta la aparente contradicción distinguiendo las polaridades material y espiritual, Maritain se adentra con mayor profundidad en la discusión de la individualidad.

---

2 Pope John Paul II, *The Original Unity of Man and Woman* (Boston: Daughters of St. Paul, 1981), p. 76.

3 Paul Vitz, *Empirical Sciences and Personhood: From an Old Consensus to a New Realism, Theological Powers and the Person*, A. S. Moraczewski et al., eds. (St. Louis: The Pope John Center, 1983), p. 191.

4 *Ibid.*, p. 207.

5 Nikolai Berdyaev, *Slavery and Freedom*, tr. by R. M. French (New York: Scribner's Sons, 1944), pp. 21-22.

## La Individualidad

En un sentido fundamental inteligible para la mayoría de la gente, sólo los individuos existen en el mundo extramental de la realidad concreta. Las ideas y sus semejantes no tienen una existencia real, es decir, no son capaces de ejercitar el acto de existir. Aquí, Maritain habla como un existencialista haciendo eco del existencialismo de su maestro, Santo Tomás de Aquino. La “existencia”, para el Doctor Angélico, es “la perfección de las perfecciones”; es aquello en virtud de lo cual algo llega a ser verdaderamente real. Como ‘primer acto’ de toda esencia, la existencia concretiza la esencia en realidad.

Es preciso agregar aquí que no es la esencia lo que existe (y ciertamente, no es la existencia lo que existe), sino el sujeto subyacente. Es este sujeto el que ejercita el acto de existencia y, con ello, permite a una esencia penetrar en el mundo de lo real. Para Maritain y Santo Tomás, la realidad está compuesta de sujetos que ejercitan la existencia y manifiestan una esencia. Este es un punto crucial que permite al filósofo distinguir las entidades reales de aquellas esencias platónicas o formas ideales que flotan en un paraíso de abstracciones.

La individualidad es, por consiguiente, común a todas las cosas que existen. Así, los ángeles y Dios son individuos. Los espíritus puros son individuos en virtud de su forma.<sup>[6]</sup> Los ángeles, por tanto, difieren unos de otros no porque son altos o bajos, gordos o delgados, etc., pues no tienen una dimensión material. Se diferencian entre sí así como las especies se diferencian unas de otras, por ejemplo, como un caballo se diferencia de una vaca. Los seres espirituales son individuos, no obstante no ser “individualizados” [7], esto es, “individualizados por la materia”. [8]

Las personas humanas, porque son materiales, tienen su individualidad enraizada en la materia. La materia, en sí misma, es una mera potencia de recibir formas. Su naturaleza está esencialmente referida a aquello que puede dar forma. En términos muy simples, podría decirse que es algo análogo al “hardware” de un computador, que es la mera potencialidad de recibir la información contenida en la programación de “software”.

---

6 Maritain, *Scholasticism and Politics* (Garden City: Doubleday, 1960), p. 65.

7 Ibid.

8 Maritain, *The Degrees of Knowledge*, tr. by Gerald Phelan (New York: Scribner's Sons, 1959), p. 233.



A causa de esta naturaleza radicalmente parasitaria de la materia, Maritain se refiere a ella a una clase de “no-ser” en sí misma. Y porque es esencialmente relativa a la forma, también habla de la materia como una “avidez de ser”. Juntas, materia y forma, constituyen una unidad sustancial. La persona humana es una sustancia singular unificada, un todo dinámico que es la síntesis de cuerpo y alma.

### **La Personalidad**

Luego de discutir el lado individual del hombre, Maritain se vuelve a la más difícil tarea de expresar el significado de su personalidad. Comienza este tratamiento explicando como el amor es el movimiento que dirige al yo hasta el centro de su personalidad. El amor no está relacionado con las esencias, o las cualidades o los placeres, sino con la afirmación del centro metafísico de la bienamada personalidad. El amor no ignora las cualidades de aquel que es amado. Es, en realidad, uno con él. Más aún, el que ama no se conforma con expresar su amor otorgando dones que solamente simbolizan su amor. Él se da a sí mismo.

En el centro metafísico de la personalidad se encuentra la capacidad de darse a sí mismo como persona y de recibir el don de otra persona. Esto no sería posible si los amantes no fuesen sujetos capaces de una afirmación recíproca sujeto-a-sujeto. El amor encuentra su fuente en la metafísica de la inter-subjetividad.

Maritain se adentra aquí en esa noción que ha dado tantos dolores de cabeza a los estudiantes de filosofía: la noción de subsistencia. Ésta es una noción crítica porque es indispensable para establecer, filosóficamente, la realidad del sujeto (como opuesto al objeto). El sujeto, por su parte, es importante porque sólo un sujeto puede existir como persona.

El sujeto existencial (como la existencia misma) elude los poderes de la conceptualización. No es un objeto de pensamiento, algo que podemos captar intelectualmente. Por ello, tiende a estar ausente de muchas filosofías, particularmente aquellas de orientación racionalista. El intelecto conoce las cosas como objetos. Mientras que el amor se mueve en un plano diferente y ama al otro en cuanto sujeto. La naturaleza del sujeto es tal que trasciende la



operación del intelecto. [9] En todo caso, es preciso afirmar que no es la esencia lo que existe sino el sujeto. Esencia es aquella cosa que es; el sujeto es aquello que tiene una esencia, aquello que ejercita la existencia y la acción, aquello que “subsiste”.

La subjetividad marca la frontera que separa la filosofía de la religión. La filosofía consiste en la relación de inteligencia a objeto; mientras que la religión se presenta en la relación de sujeto a sujeto. El amor nos da la oportunidad de establecer una relación de persona a persona. Puesto que Dios es amor, la religión viene a ser un paradigma de esta experiencia de inter-subjetividad.

La subjetividad tanto recibe como da. Recibe por medio del intelecto sobreexistiendo en el conocimiento. Da por medio de la voluntad sobreexistiendo en el amor. Mas, dado que es mejor dar que recibir, es por medio del amor que una persona logra alcanzar la suprema revelación de su realidad personal. Y descubre al mismo tiempo la generosidad básica de su existencia, en la que realiza el significado mismo de estar vivo. [10]

El amor rompe así las barreras que mantienen a las gentes a la distancia, mirándose unos a otros como objetos. Convierte al ser que amo en otro yo mismo, es decir, en otra subjetividad de mi mismo, en otra subjetividad que es mía. El amor perfecciona nuestra personalidad; nos ayuda a alcanzar más completamente el propósito mismo de nuestra existencia, el cual, en palabras de Maritain es “la maestría con el propósito de darse uno mismo”. [11]

La vida de la personalidad no es la auto-preservación ni el auto-engrandecimiento como lo es la vida del individuo, sino el auto-desarrollo y el don de uno mismo. Supone sacrificio, y el sacrificio no puede ser impersonal. El individualismo psicológico, tan característico de los siglos XIX y XX es exactamente lo opuesto al personalismo. La personalidad comparte su vida cultivada con la vida de otros. En el proceso de desarrollo de esta comunión personal con otros, es indispensable el diálogo. Sin embargo, como lo señala Maritain, en la actualidad semejante comunicación es raramente posible.

---

9 Maritain, *Existence and the Existent*, tr. by L. Galantiere & G. Phelan (Garden City: Doubleday, 1957), p. 71.

10 Ibid., p. 90.

11 Ibid., p. 89.

En realidad, como lo ha planteado otro pensador personalista, Martin Buber, el hecho que la gente “no pueda mantener un auténtico diálogo entre sí es el síntoma más agudo de la patología de nuestro tiempo”. Por ello, la alienación, personal e intelectual, parece más característica en el hombre moderno que el amor en la unión personal. Este infeliz estado de cosas está directamente asociado al lado material del hombre, cuya fuerza gravitacional interna lo empuja lejos de la demás gente. Sólo las personas pueden surgir en el diálogo, porque sólo ellas son capaces de participar en la vida común. Como individuos, la gente está dividida y alienada unos por otros. En palabras de Maritain, “el mal surge, en nuestra propia acción, cuando damos preponderancia al aspecto individual de nuestro ser”.

El novelista católico, Walker Percy, ha representado este estado de alienación del hombre moderno en su libro ‘Perdido en el Cosmo: El último Libro de Auto-ayuda’. Como Maritain, Percy ve la raíz de esta situación en el aislamiento cartesiano del yo consciente tanto del vínculo con su todo personal, como de su lugar en el universo. “Desde los tiempos de Descartes – escribe – el yo se encuentra desamparado, separado de todo lo existente en el cosmos; una mente que profesa entender los cuerpos y las galaxias, pero que ha naufragado en el acto mismo del entendimiento del cosmos, con el cual no tiene conexión alguna.” [12]

La noción de personalidad de Maritain tiene un profundas implicaciones religiosas, específicamente cristianas. Por medio de la comunicación del amor con otros, la persona comienza a apreciar las inagotables riquezas de la subjetividad. Esta imagen de lo infinito implica una Fuente de infinita plenitud. Así, la persona está directamente vinculada a lo absoluto y sólo encuentra su suficiencia en la íntima relación con Dios. Esta noción es perfectamente consistente con la referencia bíblica del hombre hecho a imagen de Dios. La “imagen” a que las Escrituras se refieren es la imagen espiritual de Dios en el hombre, lo que hace posible para él conocer y amar a Dios y, por medio de la gracia, participar de Su Vida.

---

12 Walker Percy, *Lost in the Cosmos: The Last Self-Help Book* (New York: Washington Square Press, 1984), p. 47.

Como persona, el ser humano es un todo, una síntesis de cuerpo y alma. Pero, como Maritain lo ha señalado, es un “todo abierto”. [13] Esta apertura permite la adición de unificaciones más altas. La persona tiende por su propia naturaleza a la vida social y a modos de comunicación que alcanzan su realización última sólo en la mente de Dios. Existe una generosidad radical inscrita en el propio ser de la persona, una cualidad que es la esencia del espíritu. Nada podría ser más contradictorio para la persona que ser solo. Debido a la intransformable naturaleza de su ser espiritual, la persona quiere conocer y amar. Pero más que eso, quiere compartir con otros ese conocimiento y ese amor. Todavía más, quiere que esta comunión alcance un nivel de perfección que sólo puede realizarse con Dios.

---

13 Maritain, *The Rights of Man and Natural Law*, tr. by Doris Anson (New York: Scribner's Sons, 1947), p. 5.

